

zona franca

AÑO XIII - Número: 14 - MAYO 2005

* **EDITORIAL**

* **ACTUALIZACIONES Y TENDENCIAS**

Zulma B. Caballero
Graciela Irma Climent
Silvia Elizalde
Hilda Habichayn

* **DESDE LA MAESTRÍA**

Tania Diz
Analía García
Laura Pasquali
Gabriela A. Ramos
Gloria Schuster

* **DESDE EL GRADO**

Carolina Piazzì
Pablo Ernesto Suarez
Evangelina Tumini

* **OTRAS VOCES**

Karina A. Felitti
Claudia Mazzei Nogueira
Graciela Queirolo
Marta R. Zabaleta



CENTRO DE ESTUDIOS
INTERDISCIPLINARIOS SOBRE LAS MUJERES

FACULTAD DE HUMANIDADES Y ARTES

SUMARIO

Editorial 1

Actualizaciones y Tendencias

Zulma B. Caballero: El 'Mito de la Mala Madre' en la Tragedia *Las Bacantes* desde una Mirada de Género 3

Graciela Irma Climent: Transformaciones y Persistencias en las Representaciones Sociales y Prácticas respecto del Trabajo de la Mujer 10

Silvia Elizalde: ¿Chicas Bajo Control? Judicialización y Discursos Normativos del Género y la Edad en Argentina. Un Recorrido por el Siglo XX 23

Hilda Habichayn: Género, Edad Avanzada y Pobreza 38

Desde la Maestría

Tania Diz: Los Roles de Género en un Ensayo de Jorge Simmel o acerca de Qué Somos las Mujeres 43

Analia García: Historia, Ciencia y Género 49

Laura Pasquali: Mujeres y Militantes. Un Acercamiento a las Organizaciones Armadas Revolucionarias desde la Historia Oral 55

Gabriela A. Ramos: El Aquelarre en la Escuela. Aportes a la Construcción de una Nueva Relación Pedagógica 63

Gloria Schuster: Una Aproximación a las Paternidades desde la Crianza y el Cuidado 71

Desde el Grado

Carolina Piazzì: Mujer, Legislación y Conflictos Familiares. Juicios sobre Alimentos en el Rosario del Siglo XIX 79

Pablo Ernesto Suarez: La Mujer en el Teatro Anarquista. Sánchez, Ghirardo y González Pacheco 93

Evangelina Tumini: La Masculinidad en Tiempos de Crisis 106

Otras Voces

Karina A. Felitti: La Cuestión Demográfica en la Argentina de Entreguerras: Debates, Propuestas y Políticas para Promover la Maternidad 127

Claudia Mazzei Nogueira: La Feminización en el Mundo del Trabajo: ¿entre la Emancipación y la Precarización? 138

Graciela Queirolo: La Mujer en la Sociedad Moderna a través de los Escritos de Victoria Ocampo (1935-1951) 144

Marta R. Zabaleta: Acerca de la Memoria Femenina: Voces Revolucionarias del Sur 155

MIEMBROS PLENOS:

ANALÍA AUCÍA
VILMA BIDUT
HÉCTOR BONAPARTE
MARTA BONAUDO
ZULMA CABALLERO
LILIANA CAPOULAT
MARÍA INÉS CARZOLIO
NORA CASCO
ELSA CAULA
VIVIANA CHIOLA
GABRIELA DALLA CORTE
LILIAN DIODATI
TANIA DIZ
SANDRA FERNÁNDEZ
ISABEL FERNÁNDEZ ACEVEDO
ANA FERRINI
GRACIELA GALVÁN
HILDA HABICHAYN
ANA ESTHER KOLDORF
MARÍA DEL CARMEN MARINI
CRISTINA OCKIER
ELVIRA SCALONA
ÉLIDA SONZOGNI
MARÍA CECILIA STROPPIA
MARCELO ULLOQUE

MIEMBROS ADHERENTES:

SILVIA BARBIERI
CRISTINA CÁCERES
NORA LIÑÁN
ZULEMA MORRESI
SILVIA PERAZO
CRISTINA VALLILENGUA
GRACIELA VIVALDA
ISABEL ZANUTIGH

**RESPONSABLES DE ESTE
NÚMERO:**

HÉCTOR BONAPARTE
SANDRA FERNÁNDEZ
GRACIELA GALVÁN
HILDA HABICHAYN
ELVIRA SCALONA
ÉLIDA SONZOGNI
CRISTINA VIANO

ISSN: 0329-8019

COMPOSICIÓN E IMPRESIÓN:
PROPUESTA GRÁFICA
TEL. 4253139 ROSARIO

Editorial

Finalmente, la tenacidad militante de los/las integrantes del CEIM ha logrado materializar la entrega N°14 de *Zona Franca*. Las dificultades y escollos en la organización y edición contrastaron, sin embargo, con el incremento de las respuestas obtenidas por la convocatoria invitando a participar con trabajos en la revista. Esto último justamente es lo que refleja la estructuración de secciones pero fundamentalmente los contenidos que ofrece este número de *Zona Franca*. Por una parte, a las tradicionales colaboraciones en los planos problemáticos, teóricos o metodológicos concentrados en **Actualizaciones y Tendencias**, los trabajos generados en el seno de la Maestría Sociedad y Poder desde la Problemática del Género agregaron nuevos aportes, reunidos en **Desde la Maestría**. A su vez, **Otras Voces** se constituyó en un espacio que comenzó por ser alternativas de creatividad y espontaneidad a la reflexión académica, pero que fue adquiriendo con el tiempo mayor sistematización y un más alto grado de reflexión sobre cuestiones estrechamente asociadas a la problemática central de la revista. Otras novedades comenzaron a registrarse en el número anterior, con la incorporación de **Desde el Grado** que expresa la extensión y profundización de los estudios sobre historia de las mujeres y los enfoques de género que se vienen desarrollando en distintas cátedras, particularmente en la Carrera de Historia. Y esperamos que la progresión geométrica continúe manteniéndose. Si en el N°13 de la revista, se reducía a un artículo, esta entrega ofrece ya tres colaboraciones. Por otra parte, el mismo tratamiento de los temas y problemas planteados ha experimentado un crecimiento cualitativo en el nivel interpretativo y de reflexión crítica. Zulma Caballero se adentra con audacia provista por la misma categoría "género" en el universo de la tragedia griega, que desarrolla en su trabajo "El 'mito de la mala madre' en la tragedia. *Las Bacantes* des-

de una mirada de género". El ingreso masivo de las mujeres al mercado de trabajo a lo largo del siglo XX constituye el disparador de "Transformaciones y persistencias en las representaciones sociales y prácticas respecto del trabajo de la mujer", de autoría de Graciela Irma Climent, que gusta detenerse particularmente en examinar esos cambios y permanencias en los sectores medios urbanos. Silvia Elizalde en su trabajo "¿Chicas bajo control? Judicialización y recursos normativos del género y la edad en Argentina. Un recorrido por el siglo XX" elige como temática los efectos que sobre el subgrupo femenino de la juventud tienen las políticas combinadas de control, protección y domesticación que ella resume en el concepto de las *retóricas del control*. Su estrategia discursiva procura articular las variables de clase, de edad y de género para descubrir justamente las especificidades que tales orientaciones tienen sobre los y las jóvenes. Clausura la sección el artículo de Hilda Habichayn "Género, edad avanzada y pobreza" que se orienta a desarrollar temáticas escasamente transitadas en la producción desde la perspectiva de género, como es la situación y su problemática específica de personas de edad avanzada en contextos de pobreza. Desde esa mirada, examina la diferenciación genérica que para varones y mujeres entraña su interrelación en la encrucijada socioeconómica que padecen.

Desde la Maestría reúne trabajos cuyo universo temático, si bien heterogéneo apunta en todos los casos a alcanzar una visión crítica de problemas que parecían invisibilizados desde una perspectiva epistemológica de carácter androcéntrico. Silvia Diz en "Los roles de género en un ensayo de Georg Simmel o acerca de qué somos las mujeres" adopta como pretexto *Lo masculino y lo femenino. Para una psicología de los sexos*, al cual lo disecciona con habilidad y agudeza. En "Historia, ciencia y género", Analía García realiza un

Agradecimientos:

Este número de *Zona Franca* ha sido posible gracias al aporte solidario la Asociación «Jose Pedroni» de la Facultad de Humanidades y Artes UNR, y el de la Diputada Provincial Lucrecia Aranda (Partido Socialista).

recorrido que parte de la transición de los estudios de las mujeres a los estudios de género cuyo propósito es reflexionar sobre la presencia femenina en la historia, en la historia de la ciencia y en el campo científico actual. Laura Pasquali se propone en "Mujeres y militantes. Un acercamiento a las organizaciones armadas revolucionarias desde la historia oral", indagar las motivaciones que principalmente entre las mujeres las conduce a la opción por la militancia, examinando sus experiencias políticas.

Los trabajos de Gabriela Ramos -"El aquelarre en la escuela. Aportes a la construcción de una nueva relación pedagógica"- y de Gloria Schuster -"Una aproximación a las paternidades desde la crianza y el cuidado"- incursionan en los escenarios escolares. El primero elige como eje el propio ámbito de las interrelaciones de maestros/as como objeto de análisis desde la perspectiva de género; el segundo incorpora las variadas experiencias ofrecidas por los padres en su propio aprendizaje de crianza y cuidado de sus hijos en el primer estadio de socialización.

La sección **Desde el Grado** incluye las colaboraciones de Carolina Piazzí, "Mujer, legislación y conflictos familiares. Juicios sobre alimentos en el Rosario del siglo XIX", que descubre esa temprana apelación a la esfera judicial por parte de mujeres de la sociedad rosarina reclamando derechos como esposas y ma-

dres; "La mujer en el teatro anarquista. Sánchez, Ghirardo y González Pacheco" de Pablo Suárez derriba la percepción estereotipada de las mujeres anarquistas en las voces panfletarias y avanza sobre su imagen en el teatro anarquista. Finalmente, Evangelina Tumini aborda en "La masculinidad en tiempos de crisis" los avances teóricos que se han venido desarrollando sobre el tema pero además los ubica en un trabajo de campo en el cual procura establecer el alcance del concepto de masculinidad.

En **Otras Voces** confluyen trabajos que abarcan un amplio espectro temático, en el cual insertan sus reflexiones: problemáticas demográficas vinculadas al área de la salud reproductiva, los fenómenos de la "feminización" en el mercado laboral, la construcción discursiva de identidades sexogenéricas, y los problemas vinculados a la reconstitución de la memoria de sobrevivientes del terrorismo de estado, constituyen espacios de inmanencia de cada uno de los artículos. Estos son: Karina Felitti, "La cuestión demográfica en la Argentina de entreguerras: debates, propuestas y políticas para promover la maternidad"; Claudia Mazzei Nogueira, "La feminización en el mundo del trabajo: entre la emancipación y la precarización"; Graciela Queirolo "La mujer en la sociedad moderna a través de los escritos de Victoria Ocampo (1935-1951)" y Marta R. Zabaleta, "Acerca de la memoria femenina: voces revolucionarias del sur".

Élida Sonzogni

*Actualizaciones y
Tendencias*

El 'Mito de la Mala Madre' en la Tragedia *Las Bacantes* desde una Mirada de Género

ZULMA B. CABALLERO
FAC. DE PSICOLOGÍA-UNR.

La tragedia leída desde la categoría 'género'

Penteo- "Has dicho bien. No hay que
vencer a las mujeres con la violencia".
(Eurípides, *Las Bacantes*).

Realizo en este ensayo algunas reflexiones acerca de la tragedia griega desde la perspectiva de género. Me centraré en el 'mito de la mala madre', presente en *Las Bacantes* de Eurípides, y en otras tragedias como *Medea*, también de Eurípides, y *La Orestíada* de Esquilo.

Eurípides ha sido considerado tanto un 'racionalista' como un 'irracionalista', según se trate de situarlo en contra o a favor de Dioniso, dios de la mitología griega cuya religión se caracterizaba por ser orgiástica y extática. *Las Bacantes* es una obra que pertenece al último año de su vida (Eurípides muere en -406); la forma irreprochable de la obra ha sido señalada por sus críticos, y provoca cierta extrañeza que un texto producido hace 2.400 años posea una claridad tal que nos permite acercarnos al contenido poético de un modo natural, seguir los pensamientos y las acciones de los personajes comprendiendo sus intenciones e interpretar sus siempre tan actuales deseos, odios y envidias. Eurípides capta los fenómenos psicológicos que se ponen en juego en las distintas situaciones, y esta profunda comprensión de los sentimientos, sumada a la técnica de la tragedia y a la belleza retórica, proporciona a *Las Bacantes* una tensión dramática que crece a medida que se avanza en ella.

Las Bacantes de Eurípides (484-406 a. J.C.) se desarrolla en Tebas. El viejo rey Cadmo ha dejado el poder a su nieto Penteo, hijo de Ágave, quien persigue a las mujeres tebanas adoradoras de Dioniso. Impulsadas por este dios, Ágave y las bécantes atacan a Penteo y lo descuartizan. La obra de Eurípides obtuvo mayor reconocimiento luego de su muerte, ya que en vida obtuvo sólo cuatro victorias en el "concurso trágico" (competición pública, o *agón*); luego de su muerte, diferentes autores experimentaron y reconocieron su influencia, aun muchos siglos después (Montaner y Simón 1963). Los personajes representan el eterno drama humano: no saber sobre el destino que pueden llegar a tener nuestras acciones. No sabemos cuándo moriremos, y, además, no llegaremos a saber que hemos muerto. También en *Las Bacantes* hay saberes no sabidos, y ello es parte constitutiva

de la tragedia: Penteo no sabe que Dioniso ha maquinado las cosas para que sea él mismo, el joven rey, quien determine su destino. Al ubicar en primer lugar su virilidad, debe vencer a las mujeres para asegurar así el disfrute completo del poder, pero al hacerlo se coloca a sí mismo en manos vengativas. Ágave no sabe que la cabeza que arrastra, y que pertenece a quien acaba de degollar, es la cabeza de su hijo.

¿Es sólo obra de la *Moirá*, aquélla que representa la dote que los dioses han asignado a cada uno de los seres humanos? *Moirá* es el destino que se nos ha asignado, y querer excederlo ávidamente provoca el castigo de los dioses (Melanie Klein 1987:284).

Pero la obra es también una metáfora de la desobediencia femenina, provocadora de desorden social. Algunas personas de Tebas están adoptando una nueva religión, de la cual Dioniso es el dios y las bacantes sus principales seguidoras y adoradoras.

Dioniso, hijo de Zeus y de Semele, hermana de Ágave, es un dios que une a sus poderes sobrenaturales los deseos más humanos; es un dios humanizado que posee el saber, como lo demuestra el inicio de la tragedia; es también el dios fálico por excelencia (en las Dionisíadas urbanas y rurales se cargaba un falo de grandes proporciones, mientras se cantaban en honor a Dioniso las 'canciones fálicas').

El mito de la mala madre

*"¡Ten piedad de mí, madre,
y no vayas a matar, por culpa de mis
errores,
a tu propio hijo!"*
(Eurípides, *Las Bacantes*, p. 205).

Según Belinsky (2000:1), "Todo crítico de la cultura que incursione en cualquiera de los

ámbitos de ésta, encuentra, más tarde o más temprano, el mito freudiano del asesinato del padre". Pero *Las Bacantes*, *Medea* y *La Orestíada* nos enfrentan a la mimesis de otro mito: el de la mala madre, la madre asesina, que es ante todo una mujer desobediente. Mimesis es un término de difícil traducción. Para acercarse a su sentido, se ha propuesto 'representación' e 'imitación'. El concepto de arte como mimesis procede de Platón. Cuando Aristóteles habla de mimesis de una acción, piensa más en un hacer creer, que en una imitación o copia de una acción; la narración que hace el autor no es mimesis, ya que mimesis significa la acción que desarrolla el personaje que habla, que representa, que actúa (Kaufmann 1978). Ágave ha descuartizado a su hijo; obnubilada por el odio y la embriaguez, se ha arrojado con las bacantes sobre el joven Penteo, y calmada ahora la desmesurada furia, camina con la cabeza de su hijo tomada por los cabellos. Medea, que ha perdido el amor de su familia paterna, que ha llegado al crimen filial para lograr el amor de Jasón, al ser traicionada por éste apuñala a sus hijos indefensos. El mito de la madre asesina retorna en estas obras magistrales y paradigmáticas, escritas por Eurípides, el último de los grandes tragediógrafos. Pero también Esquilo en *La Orestíada* nos presenta a Clitemnestra, quien, según la expresión de Melanie Klein (1987:301) "fue realmente una mala madre". Conflictivo personaje, descuida a sus hijos cuando son pequeños, destierra al pequeño Orestes y maltrata a Electra. Dominada por sus deseos sexuales con respecto a Egisto, trata de asesinar a Orestes cuando éste, vengador de Agamenón, mata al amante de la madre. "Deme cualquiera

un hacha con que matar", expresa con furia la madre asesina.

Sin embargo Clitemnestra no fue siempre una mala madre, ya que "amamantó a su hijo cuando éste era bebé" (op.cit. p.301). Pero cuando las causas externas se modificaron, se operó un cambio en su carácter: el odio y los agravios movilizaron impulsos destructivos.

Por otra parte, si el bebé en su fantasía persigue y destruye a la madre, se tortura también con el temor al principio taliónico basado en la proyección: le harán lo mismo que él hizo o deseó hacer (op.cit. p.295); los impulsos crueles y destructivos del bebé engendran al primitivo y terrorífico superyó. En *Las Bacantes*, la persecución y esclavización de la madre tendrán como consecuencia la venganza por medio de un castigo cruel, el despedazamiento sádico-oral primitivo; Ágave y las bacantes representan también el superyó vengativo, que castiga los impulsos sexuales de dominio manifestados en el acto de espionaje visual realizado por Penteo sobre las mujeres durante los rituales orgiásticos.

El amamantamiento y su privación se constituyen en cuestiones centrales en cuanto a la figura de la "madre mala - madre buena". Para Melanie Klein, la leche que la madre da al bebé constituye una forma de mantener vivo no sólo al bebé sino también a su objeto interno, objeto bueno que se ha perdido y que es preciso establecer internamente.

En *Las Bacantes*, estas mujeres provocadoras de desorden han perturbado la ciudad de tal manera, que hasta ofrecen su leche a los animales en sus ritos místicos. Reaparece la obsesión paranoide del bebé de no ser nutrido, como castigo por su odio hacia la madre. El temor de que el alimento sea negado a los pro-

pios hijos, sus destinatarios legítimos, se refleja en las palabras del asombrado mensajero:

"Otras llevaban en sus brazos un cervatillo o lobeznos salvajes, y les daban su blanca leche todas aquellas que de un reciente parto tenían aún el pecho rebosante y habían abandonado a sus recién nacidos" (p. 187).

El término 'poder' aparece en el centro de los nudos conflictivos: varones que deben vencer a las mujeres para asegurar su poderío, madres que transformándose en bacantes toman horribles venganzas. Los hijos atacan a sus madres, proyectando intensas ansiedades externas, e internalizando figuras terroríficas y persecutorias. El terror de ser devorado, despedazado y destruido por ellas persiste a lo largo de la temprana infancia, señala Klein, pero en el adulto la regresión puede hacer revivir la actitud infantil.

El temor al descuartizamiento en manos de mujeres desenfrenadas se desliza en el relato del mensajero de *Las Bacantes*:

"Los toros feroces, con toda la furia en sus cuernos, se dejaban derribar de frente a tierra, arrastrados por mil manos de muchachas. Los trozos de carne pasaban de mano en mano más rápidos de lo que podrías captar con tus reglas pupilas" (p. 188).

Las preguntas-hipótesis que me formuló al leer estas tragedias, representan quizá la preocupación que experimentaba el varón griego: ¿Cómo transformar a las *Furias* en benévolas *Euménides*? ¿Cómo neutralizar el poder de las mujeres, evitando al mismo tiempo su competición y la retaliación sobre los hijos? ¿Cómo privarlas de derechos y re-enviarlas a la rueca y al telar (espacio de lo privado), lejos de los goces del poder y la libertad

(la corona, el espacio público-político), sin que ello motive venganzas y represalias? ¿Cómo vencerlas sin violencia?

Nietzsche nos dice que según la tradición la tragedia surgió del coro trágico; éste, en su origen, era sólo coro, con una función puramente religiosa. En su evolución, lo que caracteriza a la tragedia es que el espectador permanece consciente de que la obra es una actuación, mientras que el Coro la vive realmente, compartiendo las peripecias. En *Las Bacantes*, por ejemplo, el Coro comparte las peripecias vividas por las mujeres tebanas que acompañan a Dioniso.

Llaman la atención las bellas metáforas y expresiones de Eurípides, especialmente escritas para resaltar la furia de las mujeres y el destino de los personajes. Las frases alcanzan una gran fuerza poética en los dichos repetitivos del Coro:

"¿Quién en la calle? ¿Quién en la calle? ¿Quién en palacio?" (p. 161).

"¡Brotó del suelo leche, brotó vino, brotó néctar de abeja!" (p. 163).

"¡Venid bacantes, venid bacantes...!" (p. 161).

"Al monte, al monte, ha venido, ha venido..." (p. 200).

"... sin dios, sin ley, sin justicia..." (p. 201).

También Ágave utiliza la repetición para acentuar el sentido de sus renunciadas:

- "¡Adiós, casa! ¡Adiós, ciudad paterna!" (p. 218).

- "¡Adiós, padre, te digo!" (p. 219).

Mientras Cadmo le responde:

- "¡Adiós, desventurada hija...!" (p. 219).

El mensajero expresa poéticamente su visión sobre uno de los milagros de Dioniso, con la

repetición del bajar de la rama (las repeticiones, que dan tanta belleza al texto, recuerdan el estilo que emplea García Lorca, tal como "verde, que te quiero verde..."):

"...una rama muy alta de un abeto... y la hacía bajar, la bajaba, bajaba..." (p. 203).

Relaciones entre los sexos en la tragedia

Grecia rechaza el *hybris*, ya que la desmesura es un vicio grave y condenable que va contra el Estado y el orden social. Apolo, con su mesurada limitación y su alejamiento de las emociones más salvajes, representa la persecución de lo infinito. Eran varias las oposiciones que se enfrentaban: la civilización contra los instintos primitivos, la política en lugar de la venganza, el varón como representante del progreso (lo social, el olvido, la amnistía, la ciudadanía), frente a la mujer como símbolo del pensamiento arcaico, de la naturaleza, de todo aquello que debe ser ocultado o recordado como *pathos* peligroso (Loraux 1988). Los trágicos debían evitar los argumentos demasiado actuales, a menos que ese presente fuera un duelo para los 'otros'; por eso los crímenes eran atribuidos a las "otras ciudades", como también a los bárbaros o a las mujeres.

Pero existe en Eurípides una gran ambigüedad, tanto en *Medea* como en *Las Bacantes*. Para Montaner y Simón (1963), el poeta presenta con audacia al sexo femenino, aunque ciertas expresiones antifeministas de sus personajes debieron de procurarles fama de misógino. Considero que se debe diferenciar entre la *intento* del autor y la *intento* del personaje: la primera puede ser considerada 'feminista', al mostrar las desigualdades entre mujeres y

varones, las luchas, el permanente sojuzgamiento y castigo ante los amagos de desobediencia; la segunda, en cambio, presenta claramente a personajes masculinos que sólo ansían el poder, representado por el deseo de alcanzar el dominio sobre otros grupos humanos. Ágave y Medea, malas madres asesinas, si bien podrían ser vistas como el anti-ejemplo que forma parte de una *intentio* moralizante del autor, representan en cambio la violencia que disuelve la optimista fantasía masculina sobre una supuesta femineidad o 'posición femenina', asentada en el natural e imperativo deseo de ser madre. Recordemos que Helene Deutsch (1951), analizando la psicología de la maternidad, considera que se ha colocado al varón en el rol dominante, mientras que la mujer ha perdido el poder matriarcal al quedar ubicada en el papel de madre maternal. Pero existen las madres agresivas, como las poderosas mujeres de las islas Marquesas, *vehini-hai* de los mitos, que asesinan a los niños y seducen a los hombres sólo para devorarlos. Las *vehini-hai* reaparecen en la bruja de los cuentos de hadas representando a la madre perversa, como en Hansel y Gretel. El conflicto con la madre, al cual la bruja debe su existencia, deriva de un reproche lleno de odio inconsciente.

Subversión femenina: el abandono de la función doméstica

Ágave- "¡Padre, bien puedes ufanarte
al máximo
de que engendraste unas hijas
superiores...
tras abandonar en el telar mi rueca
he llegado a más noble empeño...!"
(Eurípides, p.210)

Nietzsche se pregunta sobre una cuestión psicológica difícil como es el origen de la tragedia

entre los griegos: la relación del griego con el dolor, su grado de sensibilidad y su anhelo de belleza, así como también su deseo de dar imagen a todas las cosas terribles, feas, malvadas, enigmáticas y aniquiladoras que suceden en la vida humana. No se desprenden, en esa caracterización, alusiones a las desigualdades de género entre las situaciones originarias del drama.

El pensamiento feminista, al analizar la construcción jerárquica de la relación entre varones y mujeres, ha señalado que estar primero en un orden jerárquico implica estar en una relación de poder. El género es la categoría analítica para teorizar sobre las prácticas que determinan ese orden jerárquico. Joan Scott (1990) dice que los cuerpos teóricos eran insuficientes, y si bien las ciencias humanas desarrollaban importantes y claras teorías sobre las desigualdades raciales, de castas y de clases sociales, la desigualdad varón-mujer permanecía bastante inaccesible para la teoría. Había una especie de 'obstáculo epistemológico' (Bachelard) o bien los diferentes órdenes del discurso (Foucault) no permitían desarrollar saberes que ahondaran y explicaran la situación.

Amparo Moreno (1991) encuentra que *La Política* de Aristóteles posee una explicación claramente androcéntrica; la superioridad que Aristóteles atribuye al varón adulto griego (*aner-andros*) no es un simple esquema sexista, sino un sistema de clasificación social complejo, cuyo fin es establecer relaciones jerarquizadas: "Para hacer grandes cosas es preciso ser tan superior como lo es el hombre a la mujer, el padre a los hijos y el amo a los esclavos", dice Aristóteles. No se trata sólo de un sistema que establece una división social del trabajo, sino que las

relaciones entre mujeres y hombres de distintas condiciones son concebidas por él como relaciones jerarquizadas entre quienes por naturaleza mandan (*arkos*) y quienes por naturaleza están destinadas a ser mandadas (*arkhomenos*, forma pasiva del verbo que suele traducirse por obedecer).

En Eurípides se observa cierta ambivalencia en cuanto a lo que las mujeres desean y lo que la sociedad espera de ellas. Reflexionando sobre *La Orestíada*, Melanie Klein (1987:304) formula una hipótesis: la grandeza de una tragedia deriva de la "comprensión intuitiva [por parte del autor] de las insondables profundidades del inconsciente y de las formas en que dicha comprensión gravita sobre los personajes y situaciones que él crea".

Las insubordinadas mujeres representan un peligro para el orden social que Penteo necesita para el *arkos*, y las serpientes que las acompañan son un símbolo de la desobediencia femenina: la serpiente es el animal que tienta a Eva en el Paraíso; animal temible, venenoso y enigmático, es un símbolo de lo femenino. Jóvenes, viejas y doncellas forman el grupo de peligrosas bacantes que deben recibir su merecido, ya que el desorden debe castigarse con la reclusión y el encadenamiento. Se halla en juego la distribución de espacios, del espacio público y el espacio privado. Cuando Agamenón, convertido en "Rey de Reyes" (*Esquilo: La Orestíada*) regresa victorioso de Troya, su esposa Clitemnestra lo recibe en el palacio, con 'falaces' demostraciones de elogio y admiración (Klein 1987:279). La actual figura "violencia doméstica" nos habla de esta separación simbólico-espacial entre lo público y lo privado; se produce, en la mayoría de los casos, por parte del varón hacia la mujer, y se localiza geográficamente

camente en el hogar, lugar que los griegos destinaban como propio para la mujer. En el simbolismo euripídeo, el hogar es representado por la frecuente evocación de la rueca y el telar. Dioniso tampoco piensa en las mujeres en términos de igualdad, ya que reconoce que lo que lo mueve es su deseo de llevarlas a desobedecer.

- "Por eso las he agujoneado fuera de sus casas a golpes de delirio... a todas las mujeres, las saqué enloquecidas de sus hogares" (p. 159).

Dioniso no es un dios 'feminista', pues realiza la advertencia de que el abandono del hogar se produce por un estado de delirio, y sólo para poder participar de la ceremonia religiosa báquica. La desobediencia inducida por Dioniso es parcial y se limita a la orgía ritual; la voz de las mujeres se escuchará en forma de *evohé* sólo durante la ceremonia, luego retornará al silencio. Por otra parte, también Dioniso es Bromios (el que brama como un toro), mientras que la ciudad de Tebas está personificada como si toda ella fuera una mujer a la que el dios ha puesto en pie (p. 158).

El levantamiento de las mujeres encierra otro peligro: el del contagio. Quienes se sienten impulsados a unirse a la nueva religión son los sirvientes, las mujeres, los viejos, aquellos que van quedando marginados de las nuevas glorias que la civilización promete. El Coro señala:

"El dios, el hijo de Zeus, se regocija en los festejos y ama la Paz...! Igual al rico y al más pobre les ha ofrecido disfrutar del goce del vino que aleja el pesar... Lo que la gente más humilde ha admitido como fe y práctica, esto quisiera yo aceptar" (p. 176).

Tiresias- "El dios nos guiará a los dos sin esfuerzo... Es que el dios no ha

hecho distinciones sobre si debe bailar el joven o el viejo; sino que quiere recibir sus honores de todos en común y desea que se le dé culto sin diferencia de clases" (p. 166).

Penteo tiene miedo: teme perder el poder; si no actúa pronto, las mujeres y los seres inferiores se liberarán, y se acabará su poderío:

- "Ya se propaga, como un fuego, aquí cerca el frenesí de las bacantes. ¡Gran afrenta para Grecia! Así que no hay que vacilar... Le sacrificaré un sacrificio de mujeres, como se merecen éstas, por armar tamaño disturbio en los repliegues de Citerón" (p. 190).

Sirvientes, esclavas, viejos, las mujeres de su familia, se han convertido para Penteo en sus enemigos. El Coro canta:

- "¿Qué es lo sabio? ¿Cuál es el máspreciado botín ofrecido por los dioses a los humanos? ¿Acaso plantar la mano vencedora sobre la cabeza de nuestros enemigos? Lo bello es grato siempre" (p. 195).

Pese a su temor hacia el poder de las mujeres, Penteo se burla de Dioniso:

- "... le sacrificaré un sacrificio de mujeres".

La expresión resuena como una burla trágica; él, poderoso rey, puede hacer un sacrificio en honor de este dios ignoto y ridículo; sacrificará a estas mujeres desobedientes, castigando así a ambos, dios y mujeres. Dioniso, disfrazado de extranjero, intenta convencerlo una vez más, pero para el joven rey toda otra acción es inadmisibles por su propia jerarquía social:

Penteo- "¿Y qué hay que hacer? ¿Esclavizarme a mis esclavas?" (p. 190).

Como se ve, todas las mujeres, incluyendo a la propia madre, a sus hermanas y tías, son 'sus' esclavas; él tiene derecho sobre sus vidas, y tiene derecho a espiarlas en sus celebraciones orgiásticas. El amor filial del hijo a la madre desaparece: Penteo sólo piensa en atrapar y castigar a las bacantes. El Coro señala también el desorden que estas mujeres han provocado:

"Pronto la comarca entera danzará, cuando Bromio conduzca sus cortejos al monte, al monte, donde aguarda el femenino tropel, lejos de telares y ruecas, agujoneado por Dioniso" (p. 162).

Existe *hamartia* en el temor del rey al desorden provocado por las mujeres, que al propagarse puede ser imitado por otros desposeídos. *Hamartia* ha sido traducida como imperfección trágica, debilidad moral o intelectual; para algunos autores, se trata de un defecto del carácter, falta moral o error debido a una ignorancia inevitable. Para Kaufmann, lo que Aristóteles señalaba con esa extraña palabra es que los héroes de las grandes tragedias no se destacaban por sus virtudes ni por sus vicios. Penteo rey es sólo un simple mortal, dominado por su afán de dominio.

Dioniso ha provocado en el tropel de mujeres el olvido de su función doméstica, las ha hecho abandonar sus obligadas labores, que aun Ágave debe cumplir porque todas las mujeres, cualquiera sea su clase, realizan las tareas hogareñas como mandato:

Penteo- "Me encontraba ausente de este país, y ahora me entero de los males recientes que agitan esta ciudad. De que nuestras mujeres han abandonado sus hogares por fingidas fiestas báquicas, y corretean por los bosques sombríos, glorificando con sus danzas a una divinidad de hace poco, a Dioniso, quienquiera que sea" (p. 167).

Penteo se asombra también ante la incontinencia de los ancianos:

- "... ¡qué gran ridículo! ... Me resisto, abuelo, a contemplar vuestra vejez tan falta de sentido común" (p. 168).

No puede uno alejarse ni un momento, parece decir Penteo, porque las mujeres y los viejos comienzan a hacer lo que se les antoja, olvidando cuál es su lugar. Lo peor, continúa Penteo, lo más grave, es que ellas adquieren sin vigilancia una libertad sexual inconcebible:

- "... y cada una por su lado se desliza en la soledad para servir a sus amantes en el lecho ... las cazaré por el monte; a Ino, a Ágave, que me dio a luz..." (p. 167).

Dioniso- "... La oscuridad guarda un carácter venerable".

Penteo- "Esa es más engañosa y corruptora para las mujeres... yo haré que sus manos dejen de redoblar sobre el tamboril de cuero, y las venderé por ahí o las guardaré en mis telares como esclavas de botín de guerra" (p. 180).

Pero antes se acerca a espiar su desenfreno sexual. Hijo voyeurista, quiere mirar lo que hace la madre, por lo que realiza acciones poco sublimes: se disfraza de mujer y se sube a un árbol para curiosear mejor. Los disfraces, las máscaras, de tanto poder en la tragedia griega, travisten deseos ocultos; Penteo desearía quizá ser una mujer como las bacantes, para hacer lo que ellas ha-

cen, pero, como no puede, debe conformarse con observarlas; después las castigará, como forma indirecta de castigarse por esos oscuros impulsos.

Mujeres, deseo y obediencia

Para Lacan (1959) el alcance fundamental del Hamlet es su estructura, equivalente a la de Edipo, con una superposición de planos donde puede ubicarse la dimensión propia de la subjetividad humana, el problema del deseo. El punto clave en Hamlet es el deseo de la madre. También en *Las Bacantes* es el deseo de la madre el que se juega en el drama, deseo que el hijo juzga como caprichoso y arbitrario, ya que en lugar de centrarse en lo que conviene a Penteo, rey-hijo que necesita del poder, se dirige hacia otros objetos. Hamlet no sabe lo que quiere, en cambio Penteo no se lo cuestiona demasiado: él sólo desea poseer (esclavas, dominio, reinado, siervos), mandar y ser obedecido, y el deseo de la madre es el mayor obstáculo para el logro de esos fines.

Ante la demanda del Otro: "¿qué es lo que quiere? ¿qué quiere?", Penteo opta por no escuchar. Y si Hamlet nos muestra la neurosis que busca mantener a distancia la hora del encuentro, Penteo va hacia ella y la provoca: él necesita espiar a la madre en el despliegue en acto de su deseo, para después reprimirlo y castigarlo, porque en ese deseo no se halla él incluido. Penteo (como dice Lacan sobre Hamlet) se enfrenta no con el deseo por su madre, sino con el deseo de

su madre, que lo re-envía más allá de ella a esos Otros que necesita dominar para subsistir como tirano. En esa lucha de deseos Penteo es aniquilado, mientras que para la madre queda el castigo del destierro:

- "¡Adiós, casa! ¡Adiós, ciudad paterna! Te abandono en mi desgracia, desterrada de mi hogar!" (p. 218).

De todos modos, puede leerse hacia el final de la obra que la *intentio* moralizadora del autor coincide con la *intentio* de Ágave: rechazar el deseo de libertad por los peligros que encierra:

Ágave (a Cadmo)- "De horrible manera este ultraje el soberano Dioniso ha hecho caer sobre tu palacio... (p. 218). ¡Ojalá llegue adonde ni el maldito Citerón me vea ni el Citerón vea yo ante mis ojos, donde no quede ni huella de un tirso...! ¡Que otras bacantes cuiden de ello!"

Ágave presenta sus renuncias: al monte Citerón, en donde hallaba en compañía de las mujeres un espacio de libertad; al tirso, arma primitiva de defensa y ataque; a la religión dionisiaca, que acogía sus deseos. El término ¡adiós!, que se repite varias veces, indica esas dimisiones, indispensables para que el mito se repita: la necesidad del sojuzgamiento de las mujeres y su renuncia a la libertad. Con lo cual podemos apreciar los atravesamientos políticos que contiene la tragedia: el *mythos* no se opone al *logos*, porque ambos pueden conducir obedientemente al ordenamiento social.

Reverberaciones feministas, *Joan W. Scott* / Elementos para una crítica: la feminidad según Lévinas, *Moisés Barroso Ramos* / La pasión según Mme. de Staël, *Adriana Aniano* / El scoutismo en la educación física bonaerense argentina acerca del buen encauzamiento varonil (1914-1916), *Pablo Scharagrodsky* / ¿Por qué Antígona?, *Mónica Gluck* / Belleza femenina, estética e ideología. Las reinas del trabajo durante el peronismo, *Mirta Lobato* / Feminismo desde la diferencia. *Entrevista a Rosa María Rodríguez* / Filosofía, política y feminismo. *Entrevista a Sandra Hardy* / Dossier de las JORNADAS DE MONSTRUOS: Misoginia y monstruosidad ¿Coordinación ideológica del corpus emblemático español?, *Juan Diego Villa* // Mirando el ojo que mira: biotecnologías de la identidad, *Mauro Cabral* // El cuerpo: escenario de batalla, territorio de memoria, *Silvina Merenson* / Reseñas



Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE), Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Puán 480. 4º piso Of. 417 (1406) Capital Federal, República Argentina Fax: (54) (11) 4432-0121. Dirección electrónica: revmora@filo.uba.ar

BIBLIOGRAFÍA

- BELINSKY, Jorge (2000). Programa del seminario "Mito, tragedia y psicoanálisis". Mimeo. Facultad de Psicología de la U.N.R.
- DEUSTCH, Helene (1951). *Psicología de la Mujer*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- ESQUILO (1997). *La Orestíada*. Buenos Aires: Edit. Planeta.
- EURÍPIDES (1997). *Las Troyanas. Suplicantes. Bacantes*. Buenos Aires: Edit. Planeta.
- KAUFMANN, Walter (1978). *Tragedia y filosofía*. Barcelona: Seix Barral.
- KLEIN, Melanie (1987). *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Cap. 15: Algunas reflexiones sobre "La Orestíada" (pp.279-305). Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, Jacques (1959). Hamlet: un caso clínico. I, II y III. En *Revista Freudiana* Nº 6-7-8.
- LACAN, Jacques (1995). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, cap. XIX, XX, XXI (pp.293-343). Buenos Aires: Paidós.
- LORAUX, Nicole (1988). *De la amnistía y su contrario*. En *Usos del olvido* (pp.27-51). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- MONTANER Y SIMÓN (1959). *Diccionario Literario*. Barcelona.
- MONTANER Y SIMÓN (1963). *Diccionario de Autores*. Barcelona.
- MORENO, Amparo (1991). *Mujeres y sociedad. Nuevos enfoques teóricos y metodológicos*. Universidad de Barcelona.
- NIETZSCHE, Friedrich (1994). *El nacimiento de la tragedia*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- SCOTT, Joan (1990). *El género, una categoría útil para el análisis histórico*. En J. Amelang y M. Nash: *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim.
- SÓFOCLES (1992). *Antígona. Edipo Rey. Electra. Edipo en Colono*. Buenos Aires: Planeta.

Transformaciones y Persistencias en las Representaciones Sociales y Prácticas respecto del Trabajo de la Mujer

GRACIELA IRMA CLIMENT
FAC. DE CIENCIAS SOCIALES - UBA / CONICET

Introducción

La incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, que se produjo en el país a partir de la década del 60 a la par con lo acaecido en otros países de occidente, revolucionó la visión que se tenía de las mismas. Pero ya entre las décadas del 20 al 40 la conveniencia de que las mujeres trabajaran era un tema de discusión. Sin embargo, las mujeres de los medios rurales y las de clases bajas urbanas siempre habían realizado trabajos remunerados. El elemento nuevo y perturbador fue el trabajo de las mujeres de clase media, asociado también al aumento de su nivel educacional.

La preocupación parecería relacionada con las consecuencias tanto en la división sexual del trabajo como en las relaciones de poder al interior de la familia típica: la mujer que trabaja y/o que estudia adquiere mayor autonomía y poder de negociación frente a la pareja. El ingreso al mercado laboral y un nivel educativo más alto comenzó a asociarse con el retraso en la formación de la pareja y de la maternidad, con los divorcios, las uniones libres y con la baja de la fertilidad y con la fertilidad extramatrimonial. (Cicerchia 1997; 1998; Panero 2001; Wainerman 2003; Lesthaeghe 1994; Solsona 1996)

A partir de las representaciones sociales y prácticas en torno al trabajo de las mujeres que prevalecían en los medios urbanos de nuestro país entre 1920-1940, el objetivo de este trabajo es reflexionar acerca de la génesis de las mismas en los inicios de la modernidad y de las transformaciones que se han producido desde entonces. Esas representaciones y prácticas se encuadran en procesos sociohistóricos más amplios que afectaron tanto a Europa como a América con distintas modalidades y ritmos por lo cual también se hará referencia a la situación en otros países.

Se analizan varios trabajos basados en fuentes como cine, folletines y novelas, tango, periódicos, manuales de puericultura, revistas médicas y hasta fotografías, que no serán puntualmente citados para agilizar su tratamiento en conjunto. También se hace referencia a la legislación y a censos que desde otras perspectivas permiten abordar el tema. (Climent 2002)

1. ¿Qué nos dicen los censos?

En la etapa preindustrial las mujeres se concentraban en las tareas agrícolas y en las artesanías tradicionales. Estas actividades se llevan a cabo en el propio domicilio por cuenta propia y se realizan al mismo tiempo que las tareas estrictamente domésticas o el cuidado de los hijos por lo que no son fáciles de distinguir. Posteriormente, con los procesos modernizadores, este tipo de trabajos tendieron a disminuir y hasta a desaparecer a la vez que fueron surgiendo otros que se llevan a cabo en las fábricas, talleres, oficinas y comercios, preferentemente en áreas urbanas. Esto es lo que aconteció en Argentina entre 1870 y 1930, período en el que el país se incorpora a la modernidad (Torrado 2003). Para 1869, el 59% de las mujeres de 10 años y más residentes en el país eran activas, es decir tenían un trabajo remunerado. Para 1895 ese porcentaje se había reducido a 42% y en 1914 había descendido a 27%, es decir a menos de la mitad que en 1869.

Cuando analiza las características de las mujeres trabajadoras Torrado observa que el descenso era mucho más marcado entre las mujeres nativas (de 61% a 29%) que entre las extranjeras (de 40% a 24%), hecho explicable por la destrucción de la tejeduría artesanal que pasa de 16.5% en 1869 al 1,1% en 1914 y de ocupaciones tradicionales como empleada doméstica, costurera, planchadora, cocinera o trabajadora agrícola.

Hasta 1945 la tendencia era trabajar antes del matrimonio y retirarse después. A partir de entonces se empieza a observar una pauta moderna: un fuerte aumento en las edades más jóvenes, un descenso en las edades maternas (25 a 34 años) y un

reingreso después de esa edad. A partir de 1960 la edad de ingreso al mercado laboral se retrasa por la expansión de la educación media y superior, pero hay una mayor permanencia durante las edades maternas. A la vez se anticipa el retiro, al expandirse la jubilación.

A partir del modelo aperturista, desde mediados de la década del 70 y hasta el presente, continuó la tendencia creciente de participación femenina que adquiere determinadas características: las casadas trabajan menos que las solteras, las que tienen hijos pequeños menos que las que no los tienen, las que componen una pareja completa menos que las jefas de familia monoparentales. Sin embargo el matrimonio y la maternidad determinaron cada vez menos la inserción de las mujeres en el mercado de trabajo.

A partir de la década del 90 las tendencias hacia la feminización de la fuerza de trabajo se acentuaron. Entre 1991 y 1996, con la instalación del modelo económico neoliberal se acentuaron las tasas de desocupación. Esto llevó a un aumento de la tasa de crecimiento de la población económicamente activa -comprendida entre los 15 y 69 años-. Pero las mujeres contribuyeron a ello mucho más que los hombres. (Wainerman 2003) Por ejemplo, en el Área Metropolitana de Buenos Aires las mujeres activas en esos años crecieron a tasas tres veces mayores que los varones, pasando de 38% a 53% mientras ellos se mantuvieron alrededor de 85%.

En otro contexto, al analizar los datos sobre el trabajo en la Comunidad Autónoma del País Vasco, Pérez-Fuentes (2000) encuentra que la tasa de actividad de las mujeres mayores de 16 años en 1998 era marcadamente menor que la de los hombres

(41,2% vs. 65,8%). Y, si se observa la tasa de actividad por estado civil, las diferencias son tan marcadas que llega a afirmar que el matrimonio condiciona las trayectorias laborales de las mujeres. Mientras que entre solteros la diferencia en la tasa de actividad según sexo es de 10 puntos (62% las mujeres y 72% los hombres), entre casados y viudos las diferencias se duplican (33% y 62% respectivamente). Sin embargo la incorporación de las mujeres, incluidas las casadas, al mercado de trabajo fue marcada en las últimas 3 o 4 décadas del siglo XX. Estas tendencias se dieron también en el resto de España y de otros países de la UE.

Pero cuando compara las tasas de actividad de las mujeres en la España de los años 30, que apenas alcanzaban el 9%, con la situación actual, Pérez-Fuentes (2000) sostiene que se sacan conclusiones equivocadas respecto de lo que realmente ocurría en el pasado en el mercado de trabajo.

Al decir que las mujeres se estaban incorporando al trabajo en este último tercio del siglo XX, se estaba partiendo de la afirmación de la ociosidad generalizada o de una exclusiva dedicación al trabajo reproductivo de las mujeres de los siglos pasados. Sin embargo numerosas investigaciones han mostrado que el trabajo realizado por las mujeres, tanto el productivo y como el reproductivo, siempre fue determinante para las economías familiares, ya se tratase de hogares dedicados a la agricultura, a las artesanías, al comercio o de hogares de población asalariada. Entonces cabe preguntarse cómo y por qué puede haberse llegado a tal generalización distorsionada de la realidad.

Para responder a ello es preciso enmarcar brevemente el tema en el proceso de moderni-

zación que se caracterizó por el proceso de individuación, la escisión del trabajo y la familia y la sacralización de la maternidad.

2. El proceso de modernización: la reclusión de la mujer en el hogar

En cuanto al proceso de individuación, consistió en el desarrollo de una mayor autonomía personal que lleva a tomar decisiones basadas en información y conocimiento y en el reconocimiento de los propios deseos y la importancia de la elección personal, la voluntad, la libertad y la responsabilidad de cada persona. Esto fue afectando el modelo de familia patriarcal.

La escisión del trabajo y la familia, por su parte, dio origen a la división sexual del trabajo al interior de la familia según criterios de género: el padre es quien sale a trabajar, mantiene a la familia y es la autoridad principal en el disciplinamiento de los hijos, mientras que la madre se queda en casa y se responsabiliza por la reproducción biológica, cotidiana y social. Esta definición del rol llevó, a su vez, a la sacralización de la maternidad. (Jelin 1994, 1998; Flaquer 1998; Lesthaege 1991; Miranda 1999; Saquier 2001; Panero 2001)

La separación del hogar de los espacios destinados a la producción mercantil -fábricas y talleres- derivó en un conflicto para las mujeres, puesto que hacía incompatibles el trabajo doméstico con el productivo. Además, si se tiene en cuenta que la primera industrialización se dio en contextos de alta fecundidad que requerían mucho trabajo de cuidados hacia los familiares y de producción doméstica para la subsistencia del grupo familiar, se hacen evidentes las dificultades que tenían las mujeres que eran además amas de casa y madres

para compatibilizar estas dos modalidades de trabajo, lo cual fue condicionando las opciones reales de las mujeres. (Pérez-Fuentes 2000)

A la vez, la creciente monetarización de la economía que implicó la asalarización de los trabajadores, fue decisiva en la jerarquización de las actividades humanas al limitar la definición de actividad sólo al trabajo desarrollado en o para el mercado, único contabilizado en los registros oficiales. Así, el nuevo concepto de trabajo como mercancía se constituyó en un elemento clave. (Pérez-Fuentes 2000)

El hogar y los trabajos de reproducción que en él se realizan constituyeron el espacio propio de las mujeres, mientras que el trabajo remunerado era patrimonio y responsabilidad de los hombres. De esta manera, el ama de casa versus el trabajador o «ganador de pan» será el paradigma de lo masculino y de lo femenino a lo largo de los siglos XIX y XX. La separación del mundo público y del privado conlleva una fuerte carga conductual y simbólica sobre la que se construyen las identidades masculinas y femeninas, que se relacionan también con los grandes cambios que tuvieron que producirse para adaptarse a la vida urbana e industrial. No sólo porque los hombres salían a trabajar en fábricas y talleres enfrentándose a las nuevas máquinas y a los ritmos que imponía la productividad, sino también porque la vida moderna exigió cambios en el trabajo doméstico y reproductivo. Fue necesaria una mayor profesionalización en estas tareas y una mayor dedicación de tiempo para enfrentar las altas tasas de mortalidad que asolaban las ciudades, sobre todo de mortalidad infantil, y adiestrar a los sectores populares en las formas de vida propias de la sociedad urbana según el modelo

de la burguesía. De esta manera, las exigencias de calidad de vida en los hogares fueron aumentando y sólo pudieron satisfacerse con abundante trabajo gratuito y mayor especialización de las mujeres.

Este modelo «ama de casa / ganador de pan» también se impuso en los sectores urbanos de nuestro país como lo muestran las representaciones y prácticas en torno al trabajo de la mujer en las décadas de 1920 y 1940 según se puede rescatar a partir de diferentes fuentes como los folletines, el cine, las letras de tango, la legislación y los censos.

Sintetizando, la mujer, visualizada por su valor reproductor, debía dedicarse exclusivamente a la «patriótica» tarea de generar y criar hijos, renunciando a aspiraciones personales egoístas y dañinas. Así, los roles productivos y reproductivos de la mujer eran vistos como contradictorios y excluyentes -trabajadora o madre- y se propone que la mujer retome su rol histórico para preservar un sistema de valores que se desmoronaba, dedicándose exclusivamente al hogar y los hijos. (Donzelot 1990; Nari 2000; Colángelo 2001; Novick 1998; Torrado 2003)

Además, en esa época, las normas imperantes establecían que las mujeres no podían salir solas ni hacer citas con desconocidos y mucho menos ir al cine, a una confitería o a bailar sin la compañía de un familiar. Sin embargo las costumbres y las prácticas se habían liberalizado en relación a las décadas anteriores como lo muestra la preocupación de algunos médicos que se escandalizaban con los comportamientos de las mujeres que concurrían solas a reuniones, bebían, fumaban, bailaban y flirteaban descaradamente hasta la madrugada. (Barrancos 1999; Gayol 1999)

3. Mujer y trabajo extradoméstico

La modernización trajo también otros efectos imprevistos y no deseados por las élites dominantes. En las clases medias estaba surgiendo un sector de mujeres educadas, que fueron reivindicando sus derechos civiles y sociales. A la vez fueron surgiendo nuevas actividades: vendedoras, modistas, sombrereras, bordadoras, obreras textiles o de frigoríficos, dactilógrafas, secretarías y telefonistas. Las mujeres se incorporaron también a actividades reservadas a los hombres: (médicas, abogadas, farmacéuticas, contadoras, ingenieras, químicas, filósofas, agrónomas) (Labeur y Pierini 2001).

¿Cómo afectaron estos cambios a las representaciones en torno a la mujer que trabaja? Por un lado, el imaginario social de las primeras décadas del siglo da cuenta de una concepción de mujer con características de debilidad física y espiritual que responde a la imagen de menor incapaz en el Código Civil¹, (Queirolo 2001). Por lo tanto, la mujer debía ser protegida de todo peligro y para ello nada mejor que permanecer en su casa.

Desde este imaginario, el trabajo femenino fue visto con recelo y no gozaba de la estima social. Los discursos de los diferentes sectores sociales son homogéneos: tanto desde la derecha como desde la izquierda el trabajo de la mujer aparece oponiéndose a la familia, a una maternidad sana, higiénica y/o dedicada a la feminidad. Se temía, además, la competencia laboral que se suscitaría con los varones y, desde los movimientos obreros, se dudaba de la liberación femenina basada en la explotación que implicaba la relación laboral. (Labeur y Pierini 2001; Nari 2000)

Incluso en la configuración de la conciencia de clase era importante la ética de la respetabilidad: un buen marido era aquél capaz de mantener por sí solo a la familia, hecho que era prueba de prosperidad y motivo de orgullo.

Con la crisis del 30, las necesidades económicas y el proceso de industrialización, obligaron a aceptar como imprescindible el trabajo de las mujeres, pero sólo se justificaba en caso de necesidad. Así, a las solteras con padres fallecidos o enfermos, a las viudas y a las separadas o abandonadas se les «permitía» trabajar. Sin embargo aparecían conflictos. «Salir a trabajar» fue una conducta que daba pie a la duda sobre la moralidad sexual de la trabajadora, y la calle y el ámbito de trabajo eran los lugares de mayor peligro. Todo esto dio lugar a una escisión entre las representaciones de la mujer que se dedicaba sólo al hogar y la que -también- trabajaba afuera.

El discurso predominante de los folletines y novelas de la época, así como las letras de tangos y el cine, se inscriben en la misma línea de los discursos de los diversos sectores sociales acerca del trabajo femenino. (Campodónico y Gil Lozano 2000; Cifuentes 1998)

Sin embargo otras fuentes rescatan otras interpretaciones sobre el trabajo de la mujer. Por un lado, las crónicas periodísticas de Alfonsina Storni, desde una perspectiva progresista, refieren que las mujeres buscando cierta emancipación de la monotonía del hogar y nuevos campos de actividad se dedicaron a aprender música, artes plásticas o declamación y a otros aprendizajes más prácticos como corte y confección, manicuría o dactilografía.

Así, sitúa en otro lugar el trabajo de la mujer resaltando sus nuevas oportunidades. Trabajar les permitía colaborar con la eco-

nomía familiar a la vez que tener independencia económica y ampliar sus intereses. Las profesoras, las manicuras, las acuarelistas, las dactilógrafas, son ejemplos de esos trabajos remunerados, muchas veces en el hogar, que los censos no han podido cuantificar. (Queirolo 2001; Diz 2001)

También hay otras periodistas de revistas femeninas -que no son publicadas por instituciones ligadas a los movimientos de mujeres- que muestran a las mujeres asociadas a la modernidad, asimiladas a las europeas de posguerra, definidas como un nuevo tipo de mujer producto de un cambio de mentalidad. Las muestran en diversos ámbitos de sociabilidad: el cine, el teatro, las confiterías, los clubes, los lugares de trabajo, las canchas de fútbol, conduciendo automóviles, etc. (Bracamonte 2001; Moscoso 1998)

Además, al discurso tradicional se le oponía otro discurso que se desenvolvía en el paratexto. Los avisos de las publicaciones instaban a las lectoras a mejorar su calificación laboral y su aspecto con la oferta de cursos de dactilografía y mecanografía, y de cursos de maquillaje y de belleza (Labeur y Pierini 2001; Bracamonte 2001). Las fotografías, a su vez, presentaban mujeres en roles tradicionales pero en actividades calificadas - maestras que ascendían a directoras, en congresos de inspectores/as- y no tradicionales -mujeres con cargos políticos, actrices, profesionales.

Del material analizado surge la dualidad en cuanto a las representaciones de la mujer: una que respondía a un modelo hegemónico, institucionalizado que surge de la ficción de los folletines, el cine y el tango, de la legislación y de los discursos políticos y otra representación que respondía a un modelo ideal-alternativo,

instituyente, pero aún subordinado, que surge de los artículos de periodistas progresistas y del paratexto. Los dos tipos de mujeres deben haber existido en la realidad, pero seguramente coexistiendo con toda una gama de mujeres cuyas ideas y prácticas no eran ni tan convencionales ni tan avanzadas. Parecería que en esa necesidad de polarizar la realidad subyacía la intención de «defender» el modelo que los diferentes actores consideraban ideales. En un caso era un modelo a mantener —el tradicional— y en otros un modelo a alcanzar —el moderno—. También pone de relieve el hecho de que junto a las normas que imponían el modelo ideal, tendientes a su reforzamiento y reproducción, se desenvolvían prácticas que las desafiaban, tendiendo a su transformación.

4. La génesis de las representaciones sociales sobre el trabajo de la mujer

Entonces la población va interiorizando, en parte por imitación de las clases más altas, la “ociosidad” de las mujeres como signo de respetabilidad para los varones que las podían mantener, así como a sus hijos y de mayor calidad de vida para los grupos familiares.

Sin embargo, esa estricta división sexual del trabajo y estos modelos de masculinidad y de feminidad tan asimétricos sólo podían sostenerse en la medida en que el salario del jefe del hogar alcanzara para mantener a toda la familia, lo cual parece difícil para la mayor parte de la población en las primeras fases de la industrialización, en la que los salarios reales eran bajos.

Por eso, para comprender la génesis de las representaciones sociales y de las mentalidades de la época, en torno al trabajo de

la mujer, interesa el análisis que Pérez-Fuentes (2000) hace respecto de la exclusión de determinados trabajos de las contabilidades oficiales de los censos y su consiguiente desvalorización.

Para el caso de España, la clasificación de las ocupaciones, y especialmente de aquéllas que afectaban a las mujeres, tuvo importantes y significativas variaciones entre 1877 y 1930.

En el censo de 1877, en España, figuraban «sin profesión» las personas que vivían de los recursos del jefe de la casa (mujeres, niños e impedidos) y así se clasificó a la mayoría de las mujeres, a pesar de que, según una abundante literatura, la participación de las mujeres en la actividad económica familiar era fundamental en una sociedad básicamente agraria, incluso en los núcleos urbanos y en los sectores medios. Pero en dicho censo, el 73% de la población sin clasificar, eran mujeres y éstas representaban, a su vez, el 83% del total de la población femenina, incluyendo a casi todas las adultas. Esta adscripción de las mujeres al apartado de los «sin clasificar o sin profesión» está estrechamente relacionada con su estado civil. Una vez casadas, las mujeres ingresaban casi automáticamente en este apartado.

Así comienza la invisibilización y descalificación de las mujeres ignorando, incluso, el trabajo que éstas realizaban en los hogares destinado al mercado, efectuado a menudo, de manera simultánea con el doméstico.

Posteriormente en el censo de 1900, aparece un apartado para el «Trabajo Doméstico». Se distinguía entre los «sirvientes», —remunerados— y los «miembros de la familia dedicados al trabajo doméstico» —no remunerados—. En este rubro el 100% de la población clasificada es femenina y representa, a su vez al 88% de las

mujeres casadas. De esta manera, las mayoría de las mujeres pasaron a ser contabilizadas como trabajadoras domésticas.

Cabe preguntarse si el hecho de que las mujeres apareciesen así reflejaría la totalidad de los trabajos que éstas realizaban o más bien el lugar en el «deberían» estar por su sexo. Porque otras fuentes de la época siguen mostrando la importancia del trabajo remunerado de las mujeres para las economías familiares, tanto en contextos urbanos como rurales.

Luego, a partir de 1930 las mujeres pasaron a ser clasificadas como «Miembros de la familia», sin referencia a ningún tipo de trabajo. Así, el trabajo de las mujeres queda fuera de cualquier referente ocupacional y la familia es considerada como un espacio “natural” y ajeno a la actividad y al mercado.

Pérez-Fuentes (2000) considera difícil que en 1930, con el peso que todavía tenía el sector primario en la economía española y los bajos salarios, las mujeres no participasen en mayor medida en actividades remuneradas.

Es cierto que la transición de la sociedad tradicional a la sociedad industrial comenzó en España, como en otros países europeos y también en el nuestro según Torrado (2003), con un cierto repliegue de la mujer hacia las actividades domésticas, abandonando, en parte, su participación en la explotación agraria o artesanal de tipo familiar.

La consecuencia de esta exclusión de buena parte de las mujeres del mercado de trabajo en un contexto en el que a su vez los hogares iban teniendo una función más orientada al consumo que a la producción de bienes, hizo imposible que aquéllas pudiesen sobrevivir sin un «ganador de pan» a su lado. Esa mayor dependencia convirtió al matrimonio

en la estrategia económica más adecuada para la mayoría de las mujeres.

Sin embargo, la enorme caída de las tasas de actividad radica sobre todo en el hecho de que la mayoría de las mujeres que continuaron activas en la agricultura, en el comercio o en la producción artesanal y de servicios se encontraban en situaciones laborales en las que era más difícil distinguir las tareas estrictamente mercantiles de las domésticas y por esta razón fueron clasificadas como amas de casa. Es decir que no sólo tienen que ver con el espacio en el que se realiza el trabajo -los hogares- sino también con el factor tiempo- realizadas a tiempo parcial- (e incluso realizadas simultáneamente con las tareas domésticas o el cuidado de los niños) o de modo estacional.

Y si bien es cierto que el trabajo de las mujeres dedicado a la reproducción era básico en las sociedades de alta fecundidad, igualmente lo era en los sectores populares, en los cuales los ingresos de las mujeres eran determinantes para las economías familiares. Por lo tanto existía un volumen importante de bienes y servicios producidos por ellas, mal pagados y realizados a tiempo parcial o de manera estacional. Trabajadoras industriales a domicilio, lavanderas, vendedoras callejeras, planchadoras, costureras, patronas con huéspedes, incluso prostitutas, producían un voluminoso mercado de bienes y servicios no registrado en la actividad económica.

Pero el modelo «hombre = trabajo asalariado = proveedor» quedó tan interiorizado que el trabajo remunerado de las mujeres se percibía, incluso por ellas mismas, como una anomalía que ponía en peligro el deber ser del hombre y de la mujer. Ese «deber ser» se incorporó a las esta-

dísticas dificultando la visibilidad de lo que realmente acontecía.

Por tanto, un factor clave para interpretar la histórica caída de las tasas de actividad femenina se encuentra en el campo de las mentalidades y no en el de las realidades, es decir en el nuevo paradigma de lo femenino y de lo masculino que acompañó a los procesos de industrialización y a la consolidación de las sociedades occidentales. A través de las estadísticas oficiales, la actividad universal de las mujeres preindustriales fue siendo sustituida por una también universal pero mítica ausencia de la misma por la cual el trabajo productivo de las mujeres se ve como excepcional (Pérez-Fuentes 2000, Wainerman 2003)

5. La desvalorización del trabajo doméstico

La desvalorización del trabajo doméstico no asalariado fue una de las consecuencias de esta nueva situación. Sin embargo, las tareas domésticas son aspectos centrales de la vida diaria porque hacen a la reproducción biológica, cotidiana y social. Pero a pesar de su necesidad y de su utilidad social, permanecen en un nivel de invisibilidad social al que le corresponde un nivel de no reconocimiento cultural. (Giard 1999; León Zemeño, (s/f); González et al 1999). Cabe preguntarse por qué dichas tareas han sido desvalorizadas e invisibilizadas y las mujeres consideradas como inactivas.

El significado socio-cultural de la atribución del espacio doméstico para las mujeres ha sido la asignación de una pasividad; en tanto es concebido como un ámbito reproductivo, donde no se requieren habilidades especiales y las requeridas vienen asociadas a la «naturaleza femenina» (Brito 2001). No se reconoce que la

constante asignación de algunas tareas a las mujeres de acuerdo con sus aptitudes y capacidades supuestamente naturales, es lo que las lleva a adquirirlas a través del desempeño rutinario que acaba vinculándose estrechamente con lo que significa ser una mujer en determinado contexto. (Batthány 2001, González et al 1999)

Se desconoce asimismo que las tareas de cuidado -hacerse cargo de otra persona - implican un vínculo emocional, por el cual el que brinda cuidados se siente responsable del bienestar del otro y hace un esfuerzo mental, emocional y físico para cumplir con esa responsabilidad. Aunque se ponen en juego sentimientos y emociones también requiere conocimientos, acciones y planificación. La cotidianeidad con la que se desempeñan estas tareas en el ámbito familiar -conocido y privado - les confieren ese carácter de naturales.

A la vez, con la monetarización de la economía que sólo concedió importancia a los trabajos remunerados, el trabajo doméstico no remunerado, queda fuera de la esfera «productiva» y por lo tanto no se lo considera como «trabajo» y pierde valor. De ahí el prestigio y la valoración diferenciales que surgen de esa división de tareas. (Giard 1999; Brito 2001; Batthány 2001)

A la vez, esto llevó a situar a las tareas de reproducción fuera de los ámbitos que se consideran importantes ya sea a nivel simbólico (lo masculino), estructural (lo público) o económico (el mercado) (Batthány 2001.)

Para justificar la reclusión femenina en el espacio doméstico surge el concepto de la «mujer virtuosa», el cual se convierte en el ideal y en el deber ser femenino que se contenta con su domesticidad. Esto implica un abandono y renuncia de sus propios

placeres, concebidos como pecaminosos y su dedicación a la atención a los otros. La mujer se convierte en «ama de casa» y «reina del hogar». Dentro de la ética burguesa ello implica la ociosidad de la mujer, aunque son sólo las clases más altas las que pueden mantener ociosa a la mujer en la casa. A la vez, salir a trabajar era transitar por la calle y esto era sinónimo de vicio y prostitución sólo: se justificaba en caso de necesidad.

6. Transformaciones:

De «la familia tradicional» a la «familia de dos proveedores»

Estos procesos que se dieron a lo largo de los siglos XVIII al XX que afectaron la posición de la mujer en la familia y en la sociedad, significaron la estandarización de la familia nuclear - a partir de la figura del varón adulto proveedor único sostén de familia - encargada de la socialización y educación de los hijos. La familia nuclear compuesta por el padre, la madre y los hijos, ha sido idealizada como modelo normativo y asumida en términos de lo "normal".

Pero ¿cuál es el modelo de familia prevalente hoy en día? Durante la segunda mitad del siglo XX el modelo social de género «mujer -ama de casa/ hombre-ganador de pan» entró en crisis. El masivo acceso de las mujeres a la educación y al mercado de trabajo fue produciendo desajustes sociales considerables en las formas básicas y tradicionales de nuestra organización social y mental, sobre todo en lo que hace referencia a la organización de la reproducción social, que se asienta sobre un modelo de género que de a poco ha ido siendo puesto en cuestión por las mujeres que defienden su derecho a acceder a la educación, al empleo, a la política y a la cultura

en igualdad de oportunidades. (Flandrin 1990; Cicerchia 1997; Segalén 1993; Jelin 1998; Giddens 1997; Lesthaeghe 1994; Solsona 1996; Miranda 1999, Saguier 2001; Geldstein 1994; Wainerman y Geldstein 1994; Torrado 2003)

Ese modelo empezó a resquebrajarse coyunturalmente en Occidente, en la primera guerra mundial. Pero fue después de los años 50 cuando comenzó a ser habitual que las mujeres continuasen empleadas fuera del hogar después del matrimonio y hasta el nacimiento de los hijos, para reinsertarse al mercado de trabajo cuando éstos eran mayores. Esta tendencia se dio en toda la Europa Occidental durante la década de los sesenta y las tasas de actividad femenina siguieron creciendo en los últimos años más rápidamente que en las décadas anteriores. (Pérez-Fuentes 2000; Batthány 2001)

A la vez, a partir de la década del sesenta en nuestro país, las mujeres se incorporaron masivamente a un mercado laboral que las registraba. (Batthány 2001; Torrado 2003; Wainerman 2003) Y no lo hicieron sólo las solteras sino también las casadas con y sin hijos, dando lugar a nuevos modelos familiares en relación a la división sexual del trabajo. A partir de la modernidad pueden distinguirse los siguientes:

1. la familia tradicional, donde el hombre desempeña el papel de proveedor económico y la mujer se ocupa del cuidado de los hijos y de las tareas domésticas.
2. La familia semitradicional, en la cual tanto el hombre como la mujer desempeñan el papel de proveedor, pero atribuyen exclusivamente a la mujer la responsabilidad de las tareas domésticas.
3. La familia de doble carrera, donde la pareja comparte las tareas domésticas y las de proveedor de los medios económicos,

y no se entiende la actividad profesional de la mujer como una actividad complementaria a la de su compañero. (Batthány 2001)

Entonces, como consecuencia de diversos factores² disminuyó la frecuencia del modelo patriarcal tradicional a la vez que se expandió el modelo de dos proveedores, poniendo en cuestión valores tradicionales arraigados en el marco del proceso de individuación, en los que se prioriza la búsqueda de la realización personal y el bienestar individual por sobre el societal. (Wainerman 2003; Batthány 2001; Solsona 1996)

Así, el modelo del "hombre proveedor" prevaleció en la Argentina hasta hace unas dos décadas atrás, a partir de las cuales fue perdiendo fuerza. En el Área Metropolitana de Buenos Aires los datos muestran que entre 1980 y 2001, entre los hogares nucleares completos con hijos con mujeres cónyuges entre 20 y 60 años, el modelo de "proveedor varón único" cayó desde un 74,5% a un 53,7 % en tanto el de "dos proveedores" aumentó desde 25% hasta un 46,3%. Estos cambios se produjeron con diferentes ritmos y por diferentes causas en todos los sectores sociales, entre las mujeres de todas las edades y con mayor o menor nivel educacional y cualquiera fuera la etapa del ciclo familiar. (Wainerman 2003)

Pero cabe preguntarse en qué medida el nuevo rol de las mujeres en el ámbito laboral, en el afuera, ha sido acompañado por una redefinición del rol de los varones en el hogar, en el adentro.

Si bien hoy en día el modelo más frecuentemente encontrado no es el tradicional, numerosas investigaciones de países de todos los continentes analizando el "uso del tiempo" por parte de los hombres y de las mujeres constatan que las mujeres que traba-

jan fuera del hogar dedican muchas más horas que sus cónyuges al trabajo doméstico, lo que representa una sobrecarga de las mismas. (Wainerman 2003; Pérez-Fuentes 2000; Batthány 2001; Jelín 1998; Mauro y Godoy 2001; González et al 1999)

En las encuestas de tiempo se contabilizan las tareas dedicadas al trabajo reproductivo y al productivo por parte de cada miembro de la pareja³ y permiten analizar el impacto de las modalidades de organización familiar sobre la construcción de la identidad que se manifiestan en gran medida en los usos que se hacen de las horas del día, tomando en cuenta la importancia concedida socialmente a cada género en términos del tiempo consagrado a sus necesidades personales, educación y tiempo libre, tanto como al trabajo remunerado y al trabajo doméstico. (Batthány 2001)

Según la «Encuesta de Presupuestos de Tiempo» realizada en 1998 en el País Vasco, las mujeres trabajan al día una media de 16 horas y 39 minutos y los hombres de 15 horas y 28 minutos. Pero las mujeres emplean 6 horas y 28 minutos en el trabajo reproductivo -no remunerado- y 10 horas y 11 minutos en el trabajo productivo-remunerado. Por el contrario, los hombres emplean 3 horas y 47 minutos en el primero y 11 horas 41 minutos en el otro. Además, el 43,3% de las ocupadas declaran que las tareas del hogar las hacen ellas solas, el 30,1% realizan la mayor parte del trabajo doméstico y sólo el 26 % que lo compartían con sus compañeros. (Pérez-Fuentes 2000)

7. Los roles de género y los modelos laborales

A continuación se presentan dos estudios realizados en el Área

Metropolitana de Buenos Aires y en Santiago de Chile, que permiten observar la dinámica de las concepciones de los roles de género y que los arreglos familiares también han ido variando según los modelos laborales.

7.1. El estudio en el Área Metropolitana de Buenos Aires

En el año 2002, C. Wainerman (2003) realizó una investigación cuyo objetivo fue observar en qué medida la redistribución de roles según género que tuvo lugar en el mundo de la producción está siendo acompañada por una redistribución equitativa en la familia, en el ámbito de la reproducción. Es decir, en qué medida los varones, cuyas esposas cumplen con el "doble rol", asumen responsabilidades en las tareas domésticas y de cuidado de los hijos.

Se solicitó a 200 mujeres esposas-madres de 200 familias nucleares completas residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires que dijeran quiénes efectuaban y en qué medida una serie de actividades que se realizan en los hogares. Se refería a tareas en dos ámbitos de reproducción cotidiana y ocasional: doméstico y cuidado de los hijos.⁴

Al comparar cuánto participan los varones, cuyas esposas desempeñan el «doble rol» en el manejo cotidiano de la casa, se ve que éste sigue siendo responsabilidad de las mujeres- aún de las que trabajan a tiempo completo- aunque en los hogares de dos proveedores de tiempo completo, los varones participan más del cuidado de la casa que en los hogares en los que son proveedores únicos y esto ocurre en los diversos sectores sociales.

También se observó una tendencia a que ambos miembros de la pareja asuman el cuidado cotidiano de los hijos -un poco más en los hogares de los sectores

medios que en los de los bajos- pero sin que haya mayores diferencias si las madres salen o no a trabajar.

Los hogares en los que la equidad entre los cónyuges es mayor son los que pertenecen a los sectores medios de dos proveedores. Se hipotetiza que esto puede deberse al mayor poder que les concede a las mujeres el ejercicio del doble rol para negociar la distribución de las responsabilidades domésticas y parentales. Pero la menor inequidad está lejos de ser equidad plena.

7.2. El estudio en Santiago de Chile

La investigación de Mauro y Godoy (2001) hecha en Santiago de Chile tuvo como objetivo indagar sobre la relación entre la forma de insertarse en el sistema reproductivo y la manera como los varones construyen relaciones de pareja y cómo se distribuye el trabajo productivo y reproductivo en la familia. Analiza las diferencias según la inserción laboral en dos formas opuestas de organización del trabajo: el modelo de relación laboral "normal" y el modelo de relación laboral "flexible".

El modelo «normal» -tradicional implica una modalidad de relación de trabajo propia del capitalismo industrial: se realiza a tiempo completo, es la única fuente de ingreso y asegura, como mínimo, la subsistencia del trabajador y de su núcleo familiar. A estas características se asocian valores y actitudes promovidos por los empleadores expresados en comportamientos laborales como la disciplina, la puntualidad, la disponibilidad del tiempo para el trabajo, la asistencia diaria, la lealtad y el compromiso con la institución.

El buen funcionamiento de esta modalidad laboral presupone una división sexual del trabajo

entre el trabajo productivo como un ámbito masculino y el trabajo reproductivo como femenino. De esta forma los hombres pueden dedicarse al trabajo exclusivamente, tanto física como mentalmente, sin interferencias de lo familiar - trabajo doméstico y la crianza de los hijos- que perturben sus obligaciones laborales. Concebido así, el trabajo remunerado es un espacio simbólicamente masculino.

El hecho de que el trabajo tenga que asegurar la subsistencia del trabajador y de su núcleo familiar enfatiza el rol de proveedor que define su posición de autoridad al interior de la familia. Así el trabajo remunerado, aspecto fundamental en la definición de identidad de los hombres, actúa como un mandato social, un deber irrenunciable. Esto marca una diferencia relevante con las representaciones sobre el trabajo femenino en la medida en que éste aparece como una opción, por lo que estar empleadas no necesariamente las convierte en proveedoras, al menos a nivel de representación social.

Este modelo de relación laboral se sostiene en un ordenamiento familiar por el cual los trabajadores cuentan con una mujer-pareja que se ocupa de toda la vida no laboral: niños, comidas, limpieza, apoyo afectivo. Las responsabilidades de hombres y mujeres están claramente delimitadas; no son compartidas o intercambiables. Los varones asumen la responsabilidad de proveer a la familia de lo necesario y es una motivación central para trabajar por un salario, a la vez consideran que la vida familiar es un deber femenino.

Las autoras (Mauro y Godoy 2001) encuentran esta concepción de roles de género y de arreglo familiar sobre todo, aunque no exclusivamente, entre los varones de la cohorte mayor (40 a 55 años).

Una versión modernizada de este modelo tradicional admite que la mujer casada trabaje cuando no hay niños que criar o cuando éstos han crecido o por necesidad económica. En estos casos, se puede ver la convivencia de visiones tradicionales sobre el papel de hombres y mujeres con una práctica que cotidianamente las contradice. En general, en el relato de los entrevistados, dichas concepciones no han cambiado, es decir, el trabajo remunerado y la provisión familiar siguen siendo una responsabilidad principalmente masculina y las tareas domésticas y de crianza son femeninas.

En estos casos, se tiende a dar prioridad a la carrera del varón, lo que refleja la persistencia de la concepción de la provisión familiar como una responsabilidad eminentemente masculina. Si por alguna razón es necesario que alguno deje el trabajo, es la mujer la que renuncia a él.

Los varones de este grupo tradicional perciben el trabajo remunerado de la mujer como una amenaza al cumplimiento de las tareas domésticas y al cuidado de los hijos. Pero, de manera menos explícita, también se lo ve como una amenaza a las relaciones de poder y autoridad al interior de la familia debido a la independencia económica de la mujer.

En las últimas décadas, en la era del neoliberalismo, la dinámica económica, las relaciones laborales y las estrategias empresariales han cambiado y nuevas modalidades "flexibles" empiezan a estructurar el futuro mundo laboral. Esta organización fomenta valores y demanda habilidades y comportamientos como la actitud de arriesgarse que se convierte cada vez más en una exigencia para enfrentar el mundo del trabajo. Esto se traduce en una constante búsqueda de oportuni-

dades laborales y de permanente capacitación para poder responder a las nuevas exigencias.

Los acuerdos familiares que predominan entre los que están en esta situación presentan marcadas diferencias en relación con el modelo hombre proveedor-mujer ama de casa. Estas variaciones marcan tendencias aún cuando no constituyan, por ahora, un modelo alternativo y consolidado: el modelo de «doble carrera», en el que los miembros de la pareja trabajan.

Esta es la situación de los varones más jóvenes -de distintas categorías ocupacionales- y de varones mayores en ocupaciones no manuales altas. Para ellos el trabajo remunerado sigue ocupando un papel central en la definición de identidad masculina, asociado estrechamente a la capacidad de provisión y autonomía. Sin embargo, ellos asumen actitudes más contestatarias respecto de que éstos sean los únicos ejes de su identidad y responsabilidades exclusivamente masculinas y conciben roles de género y ámbitos en los cuales hombres y mujeres pueden involucrarse y ser intercambiables respecto del trabajo productivo y del trabajo reproductivo.

En el caso del papel de proveedor, las objeciones a tomarlo como exclusivamente masculino pueden dar origen a procesos diferentes. Uno es el rechazo a asumir actitudes paternalistas en sus relaciones de pareja: formar pareja no significa "hacerse cargo" de ella. La mayor flexibilidad de roles puede favorecer el establecimiento de relaciones de pareja más centradas en las posibilidades de desarrollo individual de ambos, lo que se traduce en acuerdos de reciprocidad y alternancia de oportunidades -mientras uno estudia el otro trabaja; o el que percibe más ingresos hace un aporte mayor.

Para otros el rechazo a asumir el papel de proveedor genera resistencias a establecer relaciones de pareja por no estar dispuestos a comprometerse con el sustento de un hogar, lo que refleja que esta objeción tiene que ver más con la imposibilidad de realizar el modelo hombre proveedor/ mujer ama de casa y no con la adopción de formas diferentes de concebir las relaciones de pareja.

El que la provisión y las tareas domésticas se planteen como responsabilidades compartidas entre hombres y mujeres lleva a que, al menos en el discurso, los varones no establezcan una división tan tajante entre los espacios laborales y familiares. Sin embargo, esta actitud es en la mayoría de los casos una respuesta a la demanda hecha por las mujeres para que se involucren no sólo en la crianza de los hijos sino también en las tareas domésticas. Este último aspecto aparece como el más resistido por los varones. La relación que establecen con este trabajo suele ser no obligatoria, incluso algunos le otorgan un carácter recreativo y placentero y se lo describe como una ayuda o colaboración, que hacen cuando quieren a su manera y a su ritmo. E incluso algunos reconocen actitudes abiertamente elusivas de su parte. Así, la intercambiabilidad de roles se traduce en una mayor participación de las mujeres en el trabajo productivo, pero sin descuidar la esfera reproductiva, más que en una participación más activa de los varones en lo reproductivo. Por ello, para una mayoría de los varones el trabajo doméstico sigue siendo un ámbito en el cual las mujeres son las principales responsables, si bien no son ya las únicas.

Los varones de este grupo conciben el trabajo como espacio de realización y expresión personal tanto para hombres

como mujeres, por lo que tienen una visión más igualitaria de los proyectos laborales de ambos.

Por otra parte, los varones admiten que el trabajo de la pareja ha sido un elemento clave en el cuestionamiento del lugar central que ocupa el papel de proveedor en la definición de masculinidad y se resisten a un encasillamiento como tal, señalando los múltiples roles que los constituyen como personas, no sólo como proveedores, como una forma de rechazar la sobriedentificación con el trabajo. Además, reconocen que el trabajo remunerado de sus parejas brinda un soporte económico que les permite incursionar en otros ámbitos laborales o iniciar procesos de capacitación.

En síntesis, para estos varones el trabajo de la pareja más que una amenaza aparece como una posibilidad y como un elemento cuestionador que obliga a reacomodarse en la distribución del trabajo reproductivo y productivo. Pero, aparentemente todavía los cambios se dan más en los discursos que en las prácticas.

8. Un modelo de familia en transición

Para resumir, parecería que el modelo predominante actualmente es el transicional en el que se registra un mayor involucramiento de las mujeres en el trabajo productivo sin una distribución más equitativa del trabajo reproductivo y en el cual los hombres se resisten a participar en las tareas domésticas aunque tienden a darle más cabida al cuidado de los hijos.

Las cosas han ido cambiando y las mujeres están participando ampliamente en el mercado de trabajo y cada vez ocupan más cargos jerárquicos y tienen mayor poder de negociación en las relaciones intrafamiliares. Pero

aún prevalece la idea de que la mujer es la principal responsable de los hijos y la casa y el trabajo extradoméstico es para ella una «opción» mientras que para los hombres es una «obligación». De ahí que las mujeres se desempeñen en actividades de tiempo parcial en mayor proporción que los hombres y suspendan su trabajo por diversas cuestiones, como la maternidad o la atención de problemas familiares diversos.

Así lo demuestran varios estudios realizados en los sectores populares de nuestro medio en los que surge que aún perduran las concepciones tradicionales por las cuales los maridos no les permiten a sus mujeres que trabajen o mujeres que prefieren quedarse cuidando a los hijos y opinan que es el marido el que debe mantener a la familia y se consideran incapaces de mantenerse por lo que se unen conyugalmente esperando quien lo haga o no se animan a separarse cuando la relación se deteriora. En una posición transicional están las que consideran que el trabajo de la mujer es una «ayuda» para el marido y/o que es un medio para lograr más bienestar o para auto-sostenerse en caso de necesidad. Estas posturas coexisten con las de otras mujeres a las que trabajar les da una independencia económica y emocional que valoran y es fuente de autoestima. Poder darles a sus hijos lo que necesitan y colaborar en el sostén de la familia es una fuente de orgullo. No poder trabajar y dedicarse sólo al hogar, unido a las escasas posibilidades de recreación y participación, las sumerge en la rutina y el aislamiento social. Si el trabajo les resulta tensionante es por la dificultad de compatibilizarlo con el cuidado de los hijos y las tareas de la casa sin contar con la ayuda de la pareja, de otras personas y de recursos materiales. (Climent 2001)

Para concluir

La masiva entrada de las mujeres al mercado de trabajo a partir de la década del 60 transformó la imagen sobre las mismas. La imagen previa las muestra recluidas en el hogar a pesar de que las mujeres de los medios rurales y de clases bajas urbanas siempre habían realizado trabajos remunerados. Lo novedoso fue el trabajo de las mujeres de clase media. Y lo perturbador estuvo y está relacionado tanto con las consecuencias derivadas de la división sexual del trabajo como de las relaciones de poder al interior de la familia tradicional.

Los censos de distintos países registran una retracción de la mujer del mercado laboral pero a partir de la década del 60 la feminización de la fuerza de trabajo fue un hecho. Sin embargo, al decir que las mujeres se estaban incorporando al mercado de trabajo en el último tercio del siglo XX, no debe deducirse de esos datos que las mujeres hubiesen abandonado masivamente las actividades productivas en favor de las exclusivamente reproductivas. Entonces ¿cómo se llegó a generalizar esa afirmación?

Para responder a esto es interesante el análisis de la exclusión de determinados trabajos de las contabilidades oficiales de los censos y la consiguiente desvalorización e invisibilización del trabajo de las mujeres ignorando el trabajo realizado en los hogares desti-

nado al mercado, efectuado, a menudo, de manera simultánea con el doméstico. Además, con la monetarización de la economía sólo se concedió valor al trabajo asalariado y así se va interiorizando y naturalizando el modelo de familia nuclear formada por un «hombre=trabajo asalariado=proveedor» y una «mujer = trabajo doméstico= ama de casa». A través de esos mecanismos, la población fue interiorizando la "ociosidad" de las mujeres.

Pero ese modelo fue perdiendo vigencia por variados factores sociales, demográficos y económicos que han sido acompañados por marcadas transformaciones en las mentalidades y comportamientos que se liberalizaron. Luego de la «crisis de la familia», el desmoronamiento de la familia patriarcal, parecería más bien una profundización de la brecha entre las prácticas y las normas, posiblemente a partir de una actitud de crítica abierta a dichas normas.

A la familia tradicional -hombre como proveedor económico único- se le agregan el de familia semitradicional -ambos cónyuges son proveedores, pero la mujer es la única responsable de las tareas domésticas-. Y el de la familia de doble carrera, la pareja comparte las tareas domésticas y las de proveedores, y no se entiende la actividad laboral de la mujer como una actividad complementaria. La tendencia fue a la disminución del modelo tradicional y a la expansión del modelo de dos provee-

dores. Pero todavía los cambios se dan más en los discursos que en las prácticas y aún prevalece la idea de que la mujer es la principal responsable de los hijos y la casa. El modelo predominante actualmente es el transicional en el cual los hombres se resisten a participar en las tareas domésticas aunque tienden a darle un lugar más importante al cuidado de los hijos. Sin embargo, el trabajo productivo le dio a la mujer cierta independencia, la posibilidad de mantenerse y de mantener a los hijos y de separarse conyugalmente. Esos cambios hicieron pensar en el fin del patriarcado y en relaciones intergeneracionales democráticas. Sin embargo aún están más en los discursos que en las prácticas como lo demuestran las encuestas de tiempo además de la desigualdad salarial. Mientras el Estado se desentende de los problemas que se les presentan a las mujeres-esposas-madres y no se implementan políticas públicas para resolver el problema derivado de la incompatibilidad del trabajo extradoméstico y doméstico. A la vez persisten muchos de los estereotipos y de las prácticas sociales acerca de cuáles son los trabajos, funciones, conductas y valores apropiados con la masculinidad y la femineidad de antaño. Esto afecta la posibilidad de la igualdad entre los sexos, la democratización de las relaciones familiares y la vigencia de los derechos por parte de las mujeres.

NOTAS

1. Recién fue modificado en 1926, cuando se concedió a las mujeres casadas el derecho a trabajar libremente.
2. Aumento de la educación de las mujeres, crisis económica, incorporación de las mujeres al mercado laboral, cambios en las relaciones de género
3. El término trabajo reproductivo se refiere al trabajo doméstico, al de cuidados y de transporte realizado en o para los hogares, que genera bienes y servicios para el consumo de sus miembros. Es un trabajo no remunerado, necesario pero no valorado social y económicamente. Es realizado fuera del mercado y a quien lo realiza no se le considera persona activa.
El trabajo productivo se refiere al trabajo remunerado, es decir realizado en el mercado laboral, y en éste caso, la medición de los tiempos se ha hecho teniendo en cuenta la dedicación a esta modalidad de trabajo y el tiempo medio empleado en el transporte para acceder a él. (Bhattány 2001)
4. En el primero, las cotidianas eran, por ejemplo, cocinar; decidir qué cocinar; lavar los platos; hacer las camas; limpiar la casa; lavar la ropa; planchar, hacer las compras, etc. Las ocasionales, a su vez, incluían cambiar los cueritos de las canillas, reparar enchufes, contratar a un pintor o albañil, pagar las cuentas; cuidar a los mayores (padres, abuelos) cuando están enfermos; y mantener el auto (cambios y arreglos). En cuanto al cuidado de los niños, las tareas cotidianas incluían: cambiarlos los pañales, darles de comer; bañarlos, vestirlos, hacerlos dormir, hacer que se cepillen los dientes, llevarlos a la escuela; ayudarlos con los deberes, etc. Las ocasionales, asistir a reuniones de padres en la escuela; quedarse en casa cuando están enfermos; llevarlos al médico; comprarles ropa; etc.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRANCOS D. (1999) Moral sexual, sexualidad y mujeres trabajadoras en el período de entreguerras, Historia de la vida privada en la Argentina 3. La Argentina entre multitudes y soledades. De los años treinta a la actualidad, Buenos Aires: Taurus, (198-225).
- BATTHYÁNY K. (2001) Estado, familia, políticas sociales: ¿quién se hace cargo de los cuidados y responsabilidades domésticas», en XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS) (C.D.) Antigua, Guatemala.
- BRACAMONTE L. (2001) Voces e imágenes femeninas en revistas bahienses de la década de 1930, en Voces en conflicto, espacios en disputa. (C.D.) Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- BRITO A. (2001) Visibilizando el quehacer económico de las mujeres en Concepción - Chile. Una mirada desde la historia en XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS) (C.D.) Antigua, Guatemala.
- CAMPODÓNICO R. y GILLOZANO F. (2000) Milonguitas en cintas. La mujer, el tango y el cine, en F. Gil Lozano, V. Silvina Pita y G. Ini (dir.) Historia de las Mujeres en la Argentina. Tomo II, Buenos Aires: Siglo XXI, (137-154)
- CICERCHIA R. (1997) The charm of family patterns: Historical and contemporary change in Latin America, en Dore E. (ed) Gender Politics in Latin America. Debates in theory and practice, New York: Monthly Reviews Press.
- CICERCHIA R. Sensatez y sentimiento: La historia cultural de la familia y la construcción social del género (1998), en Cicerchia R. Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina " Quito: Abya-Yala.
- CIFUENTES M.A. (1998) La imagen representada. Moda y retrato para la evocación visual de la mujer urbana. Quito. 1880-1920, en Temas de Mujeres. Perspectiva de Género. Centro de Estudios Históricos Interdisciplinarios sobre las Mujeres. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán: Tucumán (307-314)
- CLIMENT G. et al (2001) Género, pobreza y estrés ¿Qué estresa a las mujeres? en Hecho en red, por la salud de la mujer, compilado por la Mesa Coordinadora de la Red Nacional por la Salud de la Mujer / Argentina, Buenos Aires: Dunken (23-42)
- CLIMENT G. (2002) Imágenes en conflicto: Las mujeres en los medios urbanos en Argentina entre 1920-1940, Monografía presentada en el Seminario: Creencias Populares, Universidad Nacional de San Martín (inédita)
- COLÁNGELO M.A. (2001) Aprendiendo 'el arte de criar niños'. Condición femenina y maternidad en los manuales de puericultura de comienzos de siglo, en Voces en conflicto, espacios en disputa. (C.D.) Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

- DIZ T. (2001) Deshilvanar los vestidos. Mujeres solteras en la literatura argentina, en Voces en conflicto, espacios en disputa. (C.D.) Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- DONZELOT, J. (1990) La policía de las familias, Valencia: Pre-Textos.
- FLANDRIN J. (1990) Orígenes de la familia moderna. La familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional. Barcelona: Crítica.
- FLAQUER LI. (1998) El destino de la familia, Barcelona: Editorial Ariel.
- GAYOL S. (1999) Conversaciones y desafíos en los cafés de Buenos Aires (1870-1910), en F. Devoto y M. Madero (dir.) Historia de la vida privada en la Argentina 2. La Argentina Plural: 1879-1930, Buenos Aires: Taurus (48-69)
- GELDSTEIN, R. (1994) Las nuevas familias en los sectores populares, en Wainerman, C.H. (comp.), Vivir en familia, Buenos Aires: UNICEF/Losada.(143-182)
- GIDDENS A. (1997) La transformación de la intimidad Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas, Barcelona: Cátedra Teorema.
- GIARD L. (1999) Hacer de comer, en de Certeau M, Giard L. Y Mayol P. La invención de lo cotidiano 2: Habitar, cocinar. México: Universidad Iberoamericana (151-165)
- GONZALEZ C., NUCCI B. y ORTOLANIS (1999) E. Re-pensando el espacio doméstico, Ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología,(ALAS) Concepción, Chile.
- JELIN E. (1994) Familia: Crisis y después..., en Wainerman: C. (comp.) Vivir en familia, Buenos Aires: UNICEF/LOSADA (23-48)
- JELIN E. (1998) Pan y afectos. La transformación de las familias. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LABEUR P. y PIERINI M. (2001) Mujeres lectoras - mujeres trabajadoras en La Novela Semanal, en Voces en conflicto, espacios en disputa. (C.D.) Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- LEÓN ZEMENO M. (s/f) Trabajo doméstico y vida cotidiana, <http://info.pue.udlap.mx>
- LESTHAEGHE R. (1994) Una interpretación sobre la segunda transición demográfica en los países occidentales, en EMAKUNDE, Demografía y Políticas Sociales, Vitoria.
- MAURO A. y GODOY L. (2001) Cambios en el mercado de trabajo y relaciones de pareja: el punto de vista de los hombres en XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS) (C.D.) Antigua, Guatemala.
- MIRANDA A. (1999) Notas acerca de la metamorfosis de la escuela, el empleo y la familia, Ponencia presentada en el XXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología,(ALAS) Concepción, Chile.
- MOSCOSO M. (1998) Representaciones sociales de las mujeres trabajadoras 1895-1930, en Temas de Mujeres. Perspectiva de Género. Centro de Estudios Históricos Interdisciplinarios sobre las Mujeres. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán : Tucumán (338- 343)
- NARI M. (2000) Libertad, igualdad y maternidad! Argentina en la entreguerra, en Mujeres en escena, Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad de La Pampa, Santa Rosa, (183-190)
- NOVICK S. (1998) Ideas sobre el rol de la mujer en el Primer Congreso de la Población Argentina-1940, en Temas de Mujeres. Perspectiva de Género. Centro de Estudios Históricos Interdisciplinarios sobre las Mujeres. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Tucumán: Tucumán, (950-961)
- PANERO O. (2001) Reflexiones en torno a la transformación de la familia, en XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS) (C.D.) Antigua, Guatemala.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ P. (2000) El trabajo de las mujeres: una mirada desde la historia. Revista Relaciones Laborales Nro. 2 Universidad del País Vasco. (www.ehu.es).
- QUEIROLO G. (2001) Mujeres y trabajo en el Buenos Aires de las primeras décadas del Siglo XX, en Voces en conflicto, espacios en disputa. (C.D.) Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Filosofía y Letras.
- SAGUIER M.L.(2001) Relaciones Familiares en la Era de Internet: ¿hacia dónde? en XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS) (C.D.) Antigua, Guatemala.
- SEGALÉN M. (1993) Antropología histórica de la familia, Madrid: Taurus Universitaria.
- SOLSONA M. (1996) La segunda transición demográfica desde la perspectiva de género, en Solsona M. (Ed.) en Desigualdades de género en los viejos y los nuevos hogares, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y Universidad Autónoma de Barcelona.
- TORRADO S. (2003) Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000). Buenos Aires: Ediciones La Flor.
- WAINERMAN C. (2003) Conyugalidad y paternidad ¿una revolución estancada? Seminario internacional Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación y la acción política. Montevideo.
- WAINERMAN C. y GELDSTEIN R. (1994) Viviendo en familia ayer y hoy en Wainerman C. (comp) Vivir en familia, Buenos Aires: UNICEF/Losada.(183-235)